

la mayor atención, bebiendo, por decir así, sus miradas y sus palabras.

— Había una vez, empezó á contar José, conformándose con la locucion generalmente usada en estas historias infantiles; habia una vez en otro tiempo, una niña llamada Blanca.

— Blanca, dijo la Pippione á media voz.

— En Italia dicen Bianca, replicó José, pero aquí en Francia decimos Blanca, y la niña del cuento era francesa.

Blanca no tenia madre, y por eso se la habian entregado á un hombre malo que la retenia cautiva y encerrada en una casa sombría y triste.

Era un antiguo castillo, con sus grandes torres arruinadas, aislado en medio de un estanque negro y grande, rodeado de altas colinas cubiertas de árboles.

De aquella casa salia continuamente un ruido de hierro que pegaba sobre hierro, de martillos sobre yunques, de fuelles que daban grandes resoplidos, de metal derretido hirviendo en las calderas, de pasta incandescente que silbaba en el agua fría.

Por la noche, toda la casa se encendia como una hoguera, y algunos hombres medio desnudos, cubiertos de sudor y con una actividad diabólica, se agitaban, iban y venian en medio de las llamas, como los diablos del infierno.

Todo esto le daba mucho miedo á la niña Blanca.

Hasta entonces, la Pippione no habia escuchado mas que el sonido de la voz de M. José, sin prestar grande atención al sentido de las palabras que pronunciaba.

Pero aquella descripción, hecha expresamente para producir efecto, pareció como que despertaba en ella el recuerdo de algunas cosas parecidas á estas escenas que antes habia visto, quizás en la otra vida, y alzándose sobre el codo abrió todavía mas sus grandes ojos, como si tratase de recoger en lo pasado alguna vision desvanecida.

Este movimiento no se le escapó á M. José, cuyo corazón dió un brinco, pero continuó con voz tranquila:

— La niña Blanca estaba mala, muy malita, pero desde su cama oía el ruido seco de los martillos y el ruido infernal de las máquinas.

Por delante de su cabecera desfilaban unos señores vestidos de negro que le tomaban el pulso, le miraban los ojos y cuchicheaban después entre sí gravemente en un lado del cuarto.

Luego, una mañana, ¡chis! ¡chas! y al mismo tiempo se oyó el alegre ruido de los cascabeles debajo de la ventana de su cuarto, la envolvieron en un abrigo entretelado de algodón y se la llevaron desfallecida y medio muerta á un coche muy bonito, en donde su tutor se sentó á su lado.

Ese tutor era un hombre malo; se esforzaba por parecer y aparentar ser bueno con Blanca, pero por mas que hacia, la niña no le amaba.

En primer lugar era feo, muy feo. Pero si hay fealdades que agradan, la suya repugnaba; figuraos una cara pálida, arrugada, con unos ojillos cubiertos con una piel viscosa

como los de las serpientes, cabellos de un rubio sucio, pegados á las sienes como una peluca, y unos grandes anteojos de oro, detrás de cuyos cristales ocultaba su mirada vi-driada.

¡Tú eres, Matifay! M. José se vengaba un poco en este momento de su rival, de la pena que le causaba su casamiento con Cipriana.

Bien fuese por efecto de la entonacion áspera que dió M. José á esta parte de su relacion, ó bien porque el recuerdo iba renaciendo y precisándose, la Pippione se estremeció y pareció agitada por un movimiento convulsivo, moviendo sus pálidos labios como si quisiese hablar.

José continuó:

— ¡Chis! ¡chas! andando. Los látigos chasqueaban, los cascabeles sonaban, los postillones cantaban. ¡Adelante! ¡adelante!

Y la bonita Blanca, asomada á la ventanilla del carruaje, veía desfilan los árboles, las casas y los campos llenos de flores.

Atravesaban por medio de grandes ciudades, en donde habia mucho movimiento y mucho ruido, pueblos pequeños y aldeas llenas de sol.

Los chicuelos estaban apostados á lo largo del camino y pedian un cuarto á los viajeros. ¡Chis! ¡chas! ¡Oh qué viaje tan bonito!

Y sin cesar el cielo tomaba un color azulado mas vivo, el sol era mas ardiente, el aire mas trasparente y las aguas mas límpidas.

Después vino el mar, el mar indolente, tranquilo, con sus azuladas olas que hacian balancearse los barcos como una cuna.

Luego un paisaje muy lindo, sembrado de casas blancas como la greda, en medio del oscuro verdor de los olivos y naranjos, y por encima de todo esto un cielo de un azulado terrible, casi negro, en donde siempre brilla el sol.

M. José se interrumpió.

Acababa de abrirse una segunda vez, sin ruido, la puerta del cuarto, en el que entró madama Lamouroux, propietaria-rentista.

Las cortinas de la cama impedian á Pippione el verla, y madama Lamouroux, poniendo un dedo sobre sus labios, hizo señas á M. José para que no se diese por apercibido de su presencia.

Singularmente conmovida la niña por esta relacion tan simple, parecia que esperaba con impaciencia la continuacion del cuento.

Pero José se callaba.

— Vamos, dijo con vivacidad la Pippione, ¿y el fin?

José se sonrió y le dijo:

— Veamos si teneis bastante imaginacion, Pippione. A vuestra vez, contadme, segun podais, á vuestra manera, el fin de la historia de la niña Blanca.

XVII

LA PIPPIONE CONTINÚA EL CUENTO.

Madama Lamouroux continuaba estando de pié á la entrada de la puerta del cuarto, y esperaba ansiosa, como se espera una sentencia de vida ó de muerte, las primeras palabras de la niña.

Esta rompió al fin el silencio diciendo:

— Pues yo no sé.

— Probad á ver, le contestó con dulzura José.

— Yo no tengo talento para eso, y no sabré inventar cuentos como vos. Sin embargo, mientras que me estabais hablando, ha pasado en mi interior algo de particular; se me figuraba que era mi propia historia la que estabais contando.

Esto sin duda es una locura, porque esos recuerdos son tan oscuros y vagos, que no me dejan sino la confusa impresion de un sueño; pero esa casa resplandeciente con esos ruidos, la he visto yo en alguna parte.

Sí, me acuerdo particularmente de ese estanque cubierto de juncos, que se iluminaba por la noche con ráfagas de luz rojiza.

Me acuerdo de esas colinas elevadas cubiertas de verdor casi negro, y de ese cielo pardo en donde se veian flotar continuamente espesas nubes de humo negro.

Me acuerdo de todo eso, del coche, de los cascabeles, del paisaje desfilando ante las ventanillas del carruaje, y del mar, y de ese hermoso cielo azul que fué para mi como la revelacion de un mundo nuevo. Sí, de todo eso me acuerdo.

Madama Lamouroux, en éxtasis, juntaba las manos y balbuceaba despacito:

— ¡Dios bueno! ¡Dios omnipotente! soberano Señor de las estrellas, ¡es ella!

Y probablemente por madama Lamouroux fué por quien José interrumpió á la Pippione, é intercaló esta frase dudosa:

— Deciais que no tenais imaginacion, Pippione; pues ya veis bien cómo os engañabais, puesto que una historia puramente imaginaria ha podido llamaros la atención hasta ese extremo.

Madama Lamouroux se dejaba arrastrar por una esperanza, engañosa tal vez, y José queria evitarle el disgusto de una desilusion probable.

La frase de José produjo el efecto de un chorro de agua helada, no solamente sobre madama Lamouroux, sino sobre la misma Pippione, que contestó despacito:

— Es verdad, me he dejado impresionar, sin duda, por

vuestro cuento, imaginándome haber visto ya todos esos lugares que yo no distinguia sino al través de vuestras palabras.

¿Qué quereis? es menester perdonarme, porque, ¿qué es lo que les queda á los desgraciados sino el recuerdo de sus sueños?

Yo tambien me llamo Blanca, y al oiros pronunciar ese nombre esperaba...

El viejo Chinela me ha dicho muchas veces que yo habia nacido para ser rica, y he creido por un momento que el buen Dios habia hecho en mi favor el milagro por completo, y que os seria deudora de todo, de la salud, de la dicha, de mi madre...

¡Cree uno tan fácilmente lo que desea! y yo habria sido bien dichosa de seros deudora de todo...

Dejóse caer en seguida sobre las almohadas, y se siguió un silencio tan profundo, que hubiera podido oirse el ruido que hacian los labios de madama Lamouroux, como si dirigiese una plegaria al cielo.

José volvió á levantar la voz de nuevo diciendo:

— Vamos, Pippione, ¿y el fin de la historia?

La niña parecia como si se despertase de repente, y contestó:

— Yo no podré inventarlo; pero á la verdad, vuestra historia tiene tanta semejanza con el principio de la mia que, para concluir-la, no tengo mas que contáros-la.

De lo mas lejos de lo que yo me acuerdo, ó mas bien de lo que me acordaba antes que hubierais hecho revivir en mi alma esas imágenes brumosas de un pasado que ignoro, me veo corriendo y jugando con otros niños de mi edad en el puerto de Nápoles.

Yo creia entonces que era hija de Chinela, y no me sentia muy desgraciada.

En Nápoles se vive barato, no es como aquí: yo nunca tenia hambre, ni frio, y la felicidad de los pobres no consiste mas que en una cosa: en no padecer.

Chinela tambien era dichoso, y por lo tanto no era malo. Cantando siempre ó improvisando en las plazas, batelero ó pescador cuando la ocasion se presentaba, no ocupándose de nada mientras habia alguna monedilla de plata en su chaleco.

Fué en aquella época, cuando por su desgracia y por la mia conoció á Monna Feretti.

Era una mocetona de Transtevere, negra como un cuervo, atrevida como el diablo, y muy bella, segun decian.

Yo no sabia si lo era ó no, solo sí, que me causaba miedo.

Durante la noche me despertaba algunas veces con el ruido que armaban en sus disputas en las que se amenazaban de darse de puñaladas.

Durante el día y mientras que Chinela andaba recorriendo la ciudad ó la campiña para ganar, Dios sabe por qué medios, el dinero de que se mostraba muy codiciosa la Monna, ella permanecia en casa conmigo.

Estos momentos eran precisamente los que yo mas temia.

Cuando estaba Chinela delante, aun cuando ella hacia lo que le daba la gana, se contenia sin embargo; pero cuando



Se amenazaban de darse de puñaladas.

estaba ausente, me pegaba por la menor cosa, hasta que me dejaba por muerta tendida en el suelo.

Yo no me atrevía á quejarme, porque me había amenazado con que me mataría á la primera palabra que dijera.

Durante las horas de ausencia de Chinela, venía á ver á la Monna un moceton jóven llamado Thomaso Diaz, y lo mismo que Chinela, este mozo se mostraba bueno conmigo, y yo creo que era por eso por lo que la Monna me quería mal, porque era tanto lo que me aborrecía, que hubiera deseado que todo el mundo me aborreciese lo mismo que ella.

Me acuerdo que un dia Thomaso me regaló un collar de abalorios de América encarnados como el coral, cosa que vale bien poco, ¿no es verdad? pues ese dia la Monna estuvo para matarme.

Cuando no me pegaba, me dirigía mil palabras duras y despreciables, hacia burla de mis cabellos rubios, me llamaba perra francesa, hija sin madre.

Entonces hubiera querido yo mas que me hubiese pegado.

Y así fué por medio de esas imperiosas palabras como supe yo que no era hija de Chinela.

Pero ¿para qué he de continuar la relacion de mis padecimientos? solo diré que eran continuos, que los del dia siguiente no eran sino la repeticion de los del dia anterior, de modo que yo habia llegado ya hasta el punto de no sentirlos, porque estaba tan débil que ni aun tenia fuerza para sufrir.

Como yo iba haciéndome grandecita, la Monna me dijo un dia que era menester ganar mi vida.

Me colgó del cuello un cestito lleno de violetas, y me plantó en medio de la calle.

Por la tarde, era menester que mi cestita estuviese vacía y mi bolsillo lleno de cuartos, y todavía lé parecia eso poco.

No porque mi pobre colecta fuese para ella de grande im-

portancia, sino por echarme fuera de casa por el dia, y por pegarme por la noche.

Ni Thomaso ni Chinela no intercedían ya por mí, porque sabían que su intercesion no servia mas que para aumentar la cólera de la Feretti y ponerla mas furiosa conmigo.

Esta contrariedad continua, y el temor perpétuo de que estaba sobrecogida, me habían hecho tímida, callada y casi idiota, y entonces fué cuando empezaron á llamarme la Pippione, que poco á poco reemplazó mi verdadero nombre de Bianca, que fué olvidado enteramente.

Hé aquí cómo llegué á verme un dia libre de las manos de la Monna.

Chinela era napolitano, y Thomaso era corso.

Dominados ambos á dos por la Monna, aparentaban ser amigos, pero interiormente se aborrecían de muerte: solamente que el napolitano era demasiado cobarde para atreverse á ser el primero en atacar, y Thomaso despreciaba demasiado á Chinela para temerle como á un enemigo sério.

Este desprecio, que Chinela aparentaba no advertir, irritaba mas su cólera.

Una noche que, segun su costumbre, venia Thomaso á ver á la Monna mientras que Chinela estaba fuera, cayó mortalmente herido de tres puñaladas, delante de la misma puerta.

Las puñaladas habían sido asestadas con mucho estudio y maestria, porque Thomaso se encontró en medio del reguero de agua de la calle, enrojecida con la sangre, antes que hubiese podido dar un suspiro, ni decir ¡Jesus!

Yo estaba acostada en un chiribitil ó tinglado oscuro formado con algunas tablas por encima del cuarto de la Monna.

Sentí que alguno subía la escalera con mucha precaucion, pero los escalones rechinaban con el peso de su cuerpo. La Monna abrió despacito la puerta de su cuarto, y preguntó:

— ¿Eres tú, Thomaso?

— No, respondió Chinela, no es tu Thomaso, ese no volverá mas... ¡Ah! perra; muchas me has hecho; pero ahora me voy á vengar, y me las vas á pagar... todas juntas...

Y en seguida, cerró la puerta con violencia.

Después yo oí unos gemidos parecidos á los de una persona que se ahoga por falta de respiracion: sin duda Chinela le habia puesto la mano en la boca para impedirle gritar, y se sofocaba: luego unos gemidos desconocidos, el ruido de los muebles que caían por el suelo, súplicas interrumpidas por gritos rabiosos, en fin, un ruido horrible é infernal.

Yo hubiera querido levantarme para ir á socorrer á la Monna, á pesar de todo el mal que me habia hecho; pero no podia, porque el terror paralizaba mis piernas, y estaba toda temblando de los piés á la cabeza.

Por último, se oyó un suspiro, pero un suspiro capaz de hacer estremecer á un muerto, el último suspiro de un alma que se escapa.

Y luego un silencio sepulcral.

La Pippione se calló por algunos momentos, bien fuese

para tomar aliento ó por la emocion que la causaban aquellos tristes recuerdos.

Trémula, y como suspendida de los labios de la niña, madama Lamouroux esperaba con la ansiedad mas viva; esperaba que aquella continuase su historia.

¿Si resultaria, al fin, que la Pippione era su hija?

¡Pobre alma querida, que habia atravesado sin contaminarse ese mundo de bandidos y de mujeres perdidas! Era menester quererla mucho para hacerle olvidar todos esos dolores é ignominias.

La Pippione continuó:

— Se pasaron algunos minutos de un silencio mortal: yo tenia miedo. Temia que Chinela, para ocultar mejor su doble crimen, viniese á matarme tambien.

Trémula de horror, medio incorporada en mi camastrojo, no separaba la vista de la puerta de mi zaquizami; y se me figuraba á cada momento que se abría para dar paso á la hoja reluciente de un puñal.

Un paso silencioso hizo crujir el piso de madera del cuarto inmediato casi imperceptiblemente, porque Chinela, para meter menos ruido, se habia descalzado; pero exaltada como yo estaba por el terror, apuesto á que en aquellos momentos habria podido oír el ruido que hace una araña al tejer su tela, segun lo fino que tenia el oído.

La puerta del cuarto se abrió, y el paso vacilante se detuvo durante algunos instantes: yo no respiraba para poder oír mejor.

Volvió á oírse de nuevo el paso sobre las tablas mal acepilladas, mientras que una mano tentaba las paredes como para guiarse.

No habia duda, Chinela se dirigia hácia mi desvancillo, y yo me consideré perdida.

Me envolvi entre las ropas de la cama, encogiéndome cuanto pude, y aparentando estar dormida.

Quizás, me decia yo, al ver que estoy durmiendo, creará que no he visto ni oído nada, y no se meterá conmigo.

Chinela entró en mi chiribitil, yo no me volvi para mirarlo, pero adiviné que se acercaba, y sentí al través de las ropas el soplo caliente de su respiracion azorada.

Me llamó por dos veces en voz baja:

— Pippione, Pippione.

Pero yo no respondí.

Entonces apoyó su mano sobre mi hombro, y yo me dije: — Ha llegado mi última hora.

Pero tuve bastante ánimo para no gritar.

Y él continuó con la misma voz sorda, diciendo:

— Vamos, Pippione, despiértate; vistete; he tenido una desgracia, y es preciso largarse.

Y esta vez me dió una sacudida tan fuerte, que ya no me fué posible continuar fingiendo que dormía.

En semejante momento, era imposible tener una explicacion mas larga: así, sin decir una palabra, me levanté y me vestí apresuradamente.

Mientras tanto, Chinela estaba de pié á la puerta observando la escalera, y á cada instante, volviéndose hácia mí con impaciencia, repetía:

— Démonos prisa.

Y yo me di tanta, que al cabo de unos cuantos minutos salíamos de la casa, teniendo que saltar por encima del cadáver de Thomaso para poder pasar.

Hacia una noche muy oscura, y era menester que cuando amaneciese, estuviésemos ya muy lejos de la ciudad.

Chinela conocía mas de un escondite y tenía mas de un amigo ó de un cómplice en la campiña de Nápoles: esperaba poder escaparse fácilmente de las garras de los esbirros.

Ademas, que la Monna y Thomaso no gozaban de gran reputacion con la policía para que esta no se felicite ocultamente de verse desembarazada de ellos, y se diese mucha prisa por buscar al matador de ellos.

De este modo pudimos pasar, sin ser molestados, la frontera de los Estados romanos, marchando Chinela á pié y yo montada en un horriquito que él conducía por el ronzal, como un honrado labrador que va al mercado.

Desde allí, como Chinela había encontrado el dinero que la Monna ahorraba á costa suya, nos embarcamos para Francia.

Tan luego como llegamos á Marsella, mi patron empleó los últimos dineros que le quedaban en construir el teatro de lienzo rayado del signor Polichinela.

Daba representaciones al aire libre, en las encrucijadas y en las plazas.

Y Mistigris, que era entonces pequenito y hacia mil monadas, servía de compadre, y yo hacia la colecta.

Encontraban los *lazzis* y charla de Chinela muy originales; á mi me decían que era guapa, y hacíamos fortuna.

Ese fué el tiempo mas dichoso de mi vida.

Pero Chinela tenía una idea fija: la de venir á Paris.

¿Por qué? Eso no me lo decía; pero yo adivinaba, sin embargo, que era á causa de mí.

Algunas veces me miraba de una manera extraña, y murmuraba entre sus dientes:

— Con tu aire simple, Pippione, harás quizás algun dia la fortuna de ambos.

Luego que reunió algun dinero, compró un caballo viejo y un carricoche de saltimbanquis, y echamos á andar para recorrer la Francia.

La Pippione se quedó pensativa, y luego prosiguió:

— Os decía hace poco que con vuestra historia de la niña Blanca habiais despertado por la primera vez, en mi imaginacion, visiones singulares.

Pues bien, me equivocaba, porque ahora recuerdo que durante ese viaje con Chinela había tenido ya todas esas visiones.

¿Era porque la Monna acostumbraba á llamarme « perra francesa? » puede ser; pero lo cierto es que, en efecto, me parecía que, al fin, me hallaba en mi patria verdadera, y á medida que nuestro vehiculo iba rodando hacia el norte, yo me sentía mas contenta y dichosa como si volviese de un largo destierro.

Aquellos paisajes que yo veía por primera vez me eran tan familiares, que muchas veces, al llegar á la revuelta de

un camino, yo me divertía en cerrar los ojos para hacer una prueba.

— Veamos si me acuerdo, me decía. Ahora vamos á encontrar esto y aquello, un bosque á la izquierda, unas ruinas á la derecha, un pueblo rodeado de árboles en el fondo de un valle.

Y en efecto, hallábamos todo como yo lo había imaginado, y en el sitio mismo: el pueblo en el valle; á la derecha las ruinas; y á la izquierda el bosque.

Yo le dí cuenta de estas extrañas impresiones á Chinela, dos ó tres veces, y cada vez no hizo mas que sonreirse con aire misterioso.

Pero cada vez tambien dando chasquidos con su látigo y arreando al pobre caballo, gritaba:

— ¡A Paris, á Paris!

¡Ah! demasiado pronto llegamos... Paris es la miseria, los dias sin pan, las noches heladas sin lumbre, los groseros insultos de los transeuntes y la silba de la chusma.

Durante los primeros dias, Chinela no hizo mas que pasearse, y recorrer los barrios ricos sobre todo; pero por la noche volvía cada dia mas taciturno y triste.

Nuestros fondos se iban agotando. Un dia volvió á casa borracho.

Paris es tambien la embriaguez... la embriaguez por el aguardiente que vuelve á las gentes malas. Muchas veces, y como haciéndome responsable de sus esperanzas frustradas, cuando yo, ¡pobre de mí! hasta ignoraba de qué especie eran estas, ni en qué las fundaba, me miraba con los ojos inyectados de sangre; y estremeciéndome yo entonces, me acordaba de la Monna y de Thomaso.

Ya no me decía ahora: « Tú nos harás ricos, Pippione », pues era, sin duda sobre mí, sobre quien había edificado sus castillos en el aire y fundado sus esperanzas, y me tenía rabia al ver que no llegaban á realizarse.

Una sola vez volvió á casa sin estar borracho, sano de cuerpo y con la cabeza despejada, casi alegre. Aquel dia había estado en la plaza de la Bolsa: me abrazó casi con cariño y me repitió la famosa frase:

— ¡Eh, eh! Pippione, tú nos harás ricos con tu aire de simple.

Pero al dia siguiente, despues de haberlo pasado todo entero fuera de casa, volvió mas borracho que nunca y mas desanimado.

Lo restante de la historia de Blanca, ya lo sabeis... pero el fin de ella, ¿quién podrá decirlo?...

La Pippione se había vuelto á dejar caer en su lecho, y con los ojos cerrados, fatigada y rendida por el grande esfuerzo que acababa de hacer, hablaba á media voz como soñando:

— Al fin del cuento, decía, se ve siempre venir al hada con su varita de cristal, y los andrajos desaparecen, la choza se convierte en palacio, y el monstruo en un hermoso príncipe.

Y yo veía á la niña Blanca ya al fin de sus trabajos, estrechada entre los brazos maternos y sonriéndose con el libertador del cuento.

Pero ¡ah! yo me engañaba; el hada no ha venido, la encantadora no vendrá...

Despues se fué amortiguando su voz, extendió sus brazos, y sus manos se alargaron suavemente sobre el blando edredon.

Se había quedado dormida.

Enderezándose entonces en toda su altura, madama Lamouroux se acercó al lecho y se puso á contemplar con avidez y con pasion el pálido rostro de la niña adormecida.

Volviéndose en seguida hacia José, le hizo señas de que la siguiera, por medio de un ademán imperativo.

El cuarto quedaba ahora sumido en una media oscuridad, en la que el hogar de la chimenea que se iba extinguiendo arrojaba, de vez en cuando, un resplandor vago y fugitivo.

La Pippione murmuraba en su sueño:

— El hada, la buena encantadora no vendrá.

Y volviéndose desde el umbral de la puerta, madama Lamouroux, que se disponía á salir, respondió:

— Puede ser que sí...

XVIII

LOS DISFRACES.

Tan pronto como madama Lamouroux, seguida de M. José, se encontró sola con él en un cuarto inmediato, dió rienda suelta á todos los sentimientos de su alma que se había esforzado en contener durante la escena que acabamos de describir en el anterior capitulo.

Y volviéndose hacia el jóven, le preguntó con una voz breve y acentuada:

— ¿Es mi hija? ¿Sabeis acerca de ella algo mas que lo que acaba de decirnos? Sí, ¿no es verdad? porque si vos no lo supiéseis ¿habriais manifestado una insistencia tan grande para hacérmela recoger?...

Todas estas preguntas se sucedían unas á otras con la mayor rapidez y eran hechas con la mayor viveza é impaciencia, sin dar tiempo á M. José para responder á ninguna de ellas.

— Sí, sí, creo haberos comprendido. Teniais miedo de mi emocion, y por eso habiais empleado esa piadosa mentira. Al principio me habiais dicho: « Es una ilusion de maternidad lo que yo os ofrezco. »

¡Oh! pero yo he adivinado: era una maternidad real y verdadera. La Pippione es mi hija, vos lo sabeis y lo sabiais.

¡Ah! José, no temais mi debilidad, ¿no os he dado pruebas hace largo tiempo de que tengo valor? Una palabra, una sola palabra que me vuelva mi hija por completo.

— ¡Ah! murmuró José.

Por un momento tuvo la idea en su mente de mentir, y la mentira le asomó á los labios, por piedad; pero no tardó en rechazar semejante pensamiento como indigno de él y de Elena.

— No sé nada mas que vos, dijo con firmeza. Hace mucho tiempo que me había llamado la atencion la extraña coincidencia de suerte que había entre vuestra hija y la Pippione, pero no le daba mas importancia que á la de un capricho de la casualidad. Hoy, sin embargo, empiezo á creer que esto sea una combinacion de la Providencia.

— ¿No es verdad? ¿no es verdad? exclamó frenéticamente madama Lamouroux, adhiriéndose con ardor á esta frágil esperanza, ¿no es verdad que es mi hija? ¡Oh! José, ¡qué hermosa es! Acabo de mirarla bien mientras dormía, y se parece á Jorge: ¿dudais de ello, José? pero una madre ¿puede ella dudar?... Os juro que es Blanca, Blanca que el Señor misericordioso me devuelve al fin, ¿no es verdad, José? Decídmelo, decidme que es ella.

Y con el gesto, con la mirada, con la voz se lo rogaba.

— Lo espero así, pero ¿quién podrá afirmarlo sino Matifay y quizás Chinela tambien?

Matifay, de seguro, no hablará, y Chinela, tal vez, no sabe sobre el particular mas que lo que la niña nos ha dicho.

Grandes probabilidades en abundancia, pero certidumbres ninguna. Y lo que nos seria necesario tener, pobre alma turbada, es una certidumbre.

Ella no le escuchaba ya y se envolvía apresuradamente en una capa oscura.

— ¿Qué vais á hacer? la preguntó M. José sorprendido.

— ¿Lo que voy á hacer? á buscar á Chinela: le interrogaré, le haré decir todo lo que sepa, y preciso será que me responda.

— ¿A estas horas? insistió José.

— ¿Qué importa la hora? Es menester que yo lo encuentre, que lo vea en seguida; una noche mas, pasada en esta incertidumbre, me volvería loca.

— Vamos pues, dijo José.

Y cubriéndose él tambien con una capa, ofreció su brazo á madama Lamouroux.

Eran cerca de las diez de la noche.

El gentío que circulaba por los bulevares era inmenso y apiñado.

M. José mostró aquella muchedumbre á madama Lamouroux con un gesto que quería decir:

— ¿Cómo es posible hallar á un hombre en esta confusion?

Conocía perfectamente las costumbres del bailarín de muñecos para saber que era inútil el ir á su casa á aquellas horas.

— Busquemos, respondió madama Lamouroux con tono breve.

— Entonces no nos queda mas recurso que hacer la ronda